

de Venecia, la Dalmacia y la Istria, y de los del continente (*terra ferma*) toda la comarca que se extendía al Este del Oglio, mientras que Francia se quedaba con el territorio situado al Oeste de este río y prometía entregar, como compensación, a Venecia las tres legaciones de Bolonia, Ferrara y Romagna. Pero muy distinto del texto en el papel consignado, era el modo que para llevarlo a efecto se había propuesto de antemano Bonaparte.

Venecia, potencia universal cuando dominaba en el comercio del mundo, era simplemente una gran república apartada desde que el tráfico había abandonado los antiguos derroteros. El núcleo de sus territorios no había sufrido disminución alguna: además de la Venecia propiamente dicha, que estaba limitada por el Po, el Adda, los Alpes Julios y el Isongo, formaban de ellos parte la Dalmacia, la Istria, las Bocas de Cattaro y las islas Jónicas. Su población se elevaba a unos tres millones de almas; los ingresos del Estado ascendían anualmente a nueve millones de ducados, y la industria y la agricultura se encontraban en un estado muy floreciente. Además de esto, la República contaba con una magnífica escuadra, con un valeroso ejército y con fortalezas importantes y bien conservadas. Todo esto daba a Venecia aspecto de fuerza y de solidez; pero desgraciadamente dentro de aquella brillante coraza faltaba el caballero. El soberano de la República era la nobleza de la capital, cuyos individuos desempeñaban todos los cargos y ejercían todas las atribuciones, al paso que la nobleza rural ó de las provincias estaba excluida de las ventajas y privilegios del gobierno. Las familias pertenecientes a la nobleza de la ciudad estaban inscritas en un *Libro de oro* y proporcionaban mil doscientos individuos con voto para el Gran Consejo; de su seno salían el Senado, el Consejo de los Diez, los inquisidores del Estado, el dux vitalicio, el Consejo secreto del dux, y todos los empleados y autoridades (1). Durante muchos siglos, la nación había vivido satisfecha con su administración, gobierno, dirección de la guerra y diplomacia; así es que si la desheredada nobleza provincial era hostil a la nobleza de la ciudad, no sucedía lo propio respecto de los ciudadanos y campesinos, pues si estos tenían el amparo del derecho, libertad personal, libertad del trabajo y libertad de comercio y de transporte, todo se lo debían a la nobleza de la ciudad, que se lo había proporcionado a costa de la aristocracia provincial, desde largo tiempo desposeída de sus derechos señoriales y feudales (2). La continuación de la vida cómoda y tranquila que hasta entonces había llevado esta República aristocrática dependía únicamente del tiempo durante el cual el favor de la suerte le preservara del huracán de la guerra y de la revolución, contra las cuales, si se presentaban, serían impotentes para defenderla la sabiduría de los padres, el arte de los diplomáticos y las bayonetas de los mercenarios «esclavones.» Durante la lucha entre Beaulieu y Bonaparte, su neutralidad había sido destruida y se había demostrado su impotencia militar.

La tierra firme de la República fué propiamente el teatro de la guerra de Italia; contra la conducta de los clubs de patriotas, que Bonaparte organizó en todas las ciudades de «Terra ferma», era Venecia tan impotente como contra los dos ejércitos, que parecían rivalizar en esquilmar y maltratar al país. No pudo evitar las sublevaciones que por instigaciones de los franceses estallaron, en marzo de 1797, en Bérgamo y en Brescia, ni apaciguar el furor popular que, en abril, contra los franceses se manifestó en Verona en gran

(1) Una magnífica descripción histórico-política de la Constitución de Venecia la encontramos en L. Ranke: *Para la historia veneciana*, en el tomo 42 de su colección de obras.

(2) Sybel, IV, pág. 192.

número de asesinatos, ni pudo tampoco recoger el guante que en 9 de abril y en 2 de mayo le arrojó el general Bonaparte en forma de injuriosos manifiestos (3). Solo una cosa hizo aquella República, en otro tiempo tan orgullosa: someterse por completo a las órdenes de Bonaparte. El día 12 de mayo se reunió por última vez el Gran Consejo de la República para acordar, mientras se embarcaban los esclavones, la derogación de la Constitución existente y su propia disolución (4). El día 16 entró el general Baraguay d'Hilliers en la ciudad, ocupó sus fuertes y baterías y enarboló la bandera tricolor francesa en la plaza de San Marcos. El león de San Marcos y el caballo de Corinto fueron llevados a París.

El mismo día 16 de mayo de 1797, tres venecianos, Francisco Donato, Leonardo Giustiniani y Luis Moncenigo firmaron en Milan un «tratado de paz entre la República francesa y la República de Venecia (5)», en cuyo artículo 2.º se decía: «El Gran Consejo de Venecia renuncia a sus derechos de soberanía, ordena la abdicación de la nobleza hereditaria y reconoce la soberanía del Estado en la comunión de todos los ciudadanos.» Con esto quedaron destruidos el gobierno y la Constitución que hasta entonces había tenido Venecia, pero ni se creó ni se proyectó siquiera una Constitución nueva, pues «la comunión de todos los ciudadanos» no era más que una frase vacía de sentido. Apenas conocida la declaración de guerra de Bonaparte, habíanse levantado en armas las ciudades de Bérgamo, Brescia, Pavia, Vicenza, Bassano y Udine, habiendo elegido, como repúblicas independientes, autoridades y milicias propias. Esto significaba la disolución del Estado veneciano, y que esta disolución había de ir en aumento desprendiéndose de aquel artículo que nada decía acerca de un futuro gobierno de la República. Como no había ningún poder público que ratificara el tratado, ofrecióse a ello el Consejo municipal de Venecia, ofrecimiento que aceptó con sumo gusto Bonaparte, el cual, sin embargo, escribía en 12 de julio al Directorio que podría sin dificultad considerar nulo el tratado, pues cuando se firmó ya se había disuelto el Gran Consejo, del cual habían recibido sus poderes los tres embajadores (6). En 19 de mayo (7) escribía que solo había firmado el tratado para llegar más fácilmente a la ciudad, apoderarse del arsenal y, con pretexto del cumplimiento del artículo secreto, incautarse de todo el dinero, barcos de guerra, objetos de arte y manuscritos que se había propuesto adquirir.

Mientras ocurría la ruina de Venecia, encontrábase Bonaparte en el palacio de Montebello, cerca de Milan, en donde su cuartel general presentaba el aspecto de una corte real. Las principales familias de Milan iban al palacio para hacer la corte a Josefina, y los generales, diplomáticos y diputaciones hormigueaban en aquella residencia, donde se encontraban ministros de Austria, Roma, Nápoles, Cerdeña, Génova, Venecia, Parma, de los cantones suizos y de muchos príncipes alemanes. A todas horas salían y entraban correos de París, Roma, Nápoles, Viena, Florencia, Venecia, Turín y Génova. La «corte de Montebello» hacía también sus excursiones por los alrededores, visitando el lago Mayor, las islas Borromeas y el lago de Como, y las ciudades y aldeas rivalizaban en prodigar muestras de respeto y consideración al «libertador de Italia (8).»

En el palacio de Montebello creó Bonaparte la república

(3) *Corresp.*, II, pág. 473 (carta al dux Luis Manin, 9 de abril). *Corresp.*, III, pág. 17 (manifiesto de guerra de 2 de mayo).

(4) Sybel, IV, págs. 529-530.

(5) *Corresp.*, III, págs. 49-50.

(6) *Corresp.*, III, págs. 177-178.

(7) *Corresp.*, III, pág. 55.

(8) *Corresp.*, XXIX, págs. 271-272.

Cisalпина, que, en su sentir, debía ser el principio y el centro del futuro Estado uno de Italia, «objetivo secreto de la ambición de todos los italianos, que querían constituir una sola y gran nación (1).» El mismo dice que hubo de costarle mucho trabajo reunir bajo un solo jefe las dos repúblicas que había fundado aquende y allende el Po, inducir a los habitantes de Reggio, Módena, Bolonia y Ferrara a que se unieran con los lombardos, y que solo había podido conseguirse esto por la fuerza del deseo de unidad nacional. Añadía que había costado mucho evitar que se precipitaran a adoptar inmediatamente el nombre de «República italiana.» La nueva República aceptó la Constitución de la República francesa, con un Directorio y con sus dos Consejos; los primeros directores fueron Serbelloni, Paradisi, Moscati, Alessandri y Fenaroli. El día 30 de junio de 1797 tomaron posesión del palacio de Milan, y el día 14 de julio treinta mil guardias nacionales celebraron el «Renacimiento de la libertad y de la patria italiana.»

«Desde aquel momento, decía Napoleón en Santa Elena, variaron las costumbres de los italianos: dos años después ya no eran la misma nación. En vez de la sotana, que hasta entonces había sido el traje de moda de los jóvenes, se usó la levita militar; los jóvenes italianos, en vez de pasar su vida a los pies de las mujeres, frecuentaron los picaderos, las salas de armas y los campos de maniobras. Los niños no jugaron ya con capillas, sino que tuvieron regimientos de soldados de plomo é imitaron en sus juegos los sucesos de la guerra. En las comedias y en las farsas callejeras habían salido hasta entonces figurillas que representaban un italiano inteligente pero muy cobarde y un fanfarrón gordo, algunas veces francés, pero las mas aleman, muy fuerte, muy valiente y muy brutal, que acababa por dar de palos al italiano, con gran júbilo de los espectadores; pero después el pueblo ya no toleraba tales representaciones: en la escena aparecieron, con gran aplauso del público, valientes italianos que arrojaban de ella a los extranjeros para conservar su honor y sus derechos. El espíritu nacional estaba formado. Italia tenía sus canciones patrióticas y guerreras, las mujeres rechazaban con disgusto los matrimonios de aquellos hombres que, para agradarlas, se presentaban afeminados (2).»

¿Cómo pudo este ardiente patriota italiano desnaturalizar su gran obra, la reconstitución de la nación italiana, cediendo la Venecia al Austria? Los esfuerzos necesarios para poner la inerte República veneciana en armonía con los principios fundamentales de la política republicana eran grandes, pero también parecía imposible armonizar la cesión de aquella al Austria con los preceptos del interés y del honor nacionales.

Sobre este particular el ex-rey de Italia hizo en Santa Elena algunas confesiones (3) que merecen mayor atención de la que hasta ahora se les ha prestado.

Por de pronto, quería inducir al gabinete austriaco a una política violenta y revolucionaria que le hiciera desviar de los principios fundamentales hasta entonces seguidos y que le divorciara de las potencias perseverantes, Inglaterra y Rusia.

«La República de Venecia, dice, era altamente aristocrática; los gabinetes de Saint James y de San Petersburgo tomábanse gran interés por ella, y por lo mismo debían experimentar gran disgusto y envidia en verla cedida al Austria. El Senado de Venecia se había portado muy mal con Francia y muy bien con Austria: esto sentado, ¿qué opinión habían de formarse los pueblos de la moralidad del gabinete de

(1) *Corresp.*, XXIX, pág. 282.

(2) *Corresp.*, XXIX, pág. 284.

(3) *Corresp.*, XXIX, pág. 312.

Viena al ver que se apoderaba de los territorios de su aliado, del más antiguo Estado de la moderna Europa en el cual dominaban los principios fundamentales más opuestos a la democracia y a las ideas francesas, y que lo hacía sin pretexto alguno y por la sola razón de su capricho? ¿Qué enseñanza para Baviera y para los Estados de segundo orden! El emperador iba a verse obligado a entregar a Francia la fortaleza de Maguncia, que solo tenía en custodia, y debía apoderarse de los trozos de botín de príncipes alemanes, cuyo protector era y cuyos ejércitos combatían en sus filas. Esto se llama ofrecer a los ojos de Europa la caricatura de los gobiernos absolutos y de la oligarquía europea. ¿Qué prueba más convincente podía darse de su decrepitud, de su decadencia, de su arbitrariedad!»

Esto era deshacerse de Venecia a un precio que, dada la manera de conquistarla, podía considerarse como un real y verdadero presente de las Danaides. Esto aparecía más patente bajo otro punto de vista.

Bajo la impresión de las noticias relativas al mal trato que los franceses habían dado a la tierra firme de Venecia destinada al Austria, escribía Thugut, en 26 de mayo de 1797: «La saquean de un modo horrible y destruyen todo cuanto es contrario a sus principios democráticos para no dejarnos, en caso de que tengan que abandonarla, mas que un país poblado por demócratas, expuesto por largo tiempo a desórdenes y sublevaciones y propio para malear con sus doctrinas y con su ejemplo a los demás estados de S. M. (4).» Esto no era naturalmente una casualidad, sino resultado de una intención premeditada. Venecia debía pertenecer al Austria solo temporalmente; no estaba destinada por Napoleón a ser siempre austriaca, antes al contrario la dominación extranjera debía infiltrar más y más en ella los sentimientos italianos. Bonaparte esperaba que los distintos partidos en que estaba dividida Venecia llegarían a reconciliarse bajo la presión extranjera, que todos sentirían por igual. «No era de temer que un pueblo de tan buenas costumbres llegara nunca a sentir simpatías por un gobierno alemán, ni que una gran ciudad, potencia marítima desde hacía muchos siglos, se amoldara de buena fe a una monarquía ajena al mar y a las colonias. Si algún día llegaba el momento propicio de crear la nación italiana, aquella cesión no sería ningún obstáculo para ella. Los años que los venecianos hubieran vivido bajo el yugo de la casa de Austria les inducirían a aceptar con entusiasmo un gobierno nacional, fuera este más o menos aristocrático y ya señalara como capital a Venecia ó a otra ciudad. Los venecianos, lombardos, piamonteses, genoveses, parmesanos, boloñeses, bergamascos, ferrareses, toscanos, romanos y napolitanos, antes de adquirir la condición de italianos, debían vivir separados en cada una de sus comarcas originarias: era preciso, por decirlo así, que fuesen refundidos. Quince años después, en 1812, había desaparecido efectivamente la dominación austriaca en Italia y habían caído los tronos de Cerdeña, de los duques de Parma, Módena, Toscana y hasta de Nápoles y las oligarquías de Génova y de Venecia. El poder temporal del Papa, que siempre había sido causa de la división de Italia, no debía constituir ya obstáculo alguno: el gran ducado de Berg había quedado vacante y esperaba a la corte del rey Joaquín. En 1805 dijo Napoleón a Consulta, en Lyon: «Necesito veinte años para crear la nación italiana.» Quince años habían bastado: todo estaba preparado y Bonaparte no esperaba más que el nacimiento de un segundo hijo para llevarle a Roma, coronarle rey de los italianos, confiar la regencia al príncipe Eugenio y «proclamar la independencia de la península, desde los

(4) *Cartas íntimas*, II, pág. 37.